



La casa de la calle Magdalena en la que una placa nos recuerda que allí vivió y murió el gran «Xenpelar» podría servir de sede al proyecto de un museo renteriano y comarcal.

UN MUSEO COMARCAL

¿Posible o imposible?

V. LECETA

Muchas veces se ha dicho que Guipúzcoa es una gran ciudad extendida por toda la provincia. Una forma de aludir a la densidad de su población con esa sucesión ininterrumpida de núcleos urbanos, sobre todo en las zonas más industrializadas. Guipúzcoa está constituida por un conjunto heterogéneo de caseríos, pueblos, villas y ciudades, y, en cada una de estas localidades rurales, costeras, fabriles o turísticas, se plantea una problemática sociológica, económica, política, etc., muy particular y, frecuentemente, diversa de la que pueda afectar a sus vecinos más inmediatos.

Somos los guipuzcoanos un pueblo progresista. Y esto podemos afirmarlo sin dejarnos ofuscar por una estúpida vanidad. Progresista, sí, pero también terriblemente pegado a unas tradiciones ancestrales, quizá milenarias. Progresistas y abiertos, aunque muchas veces se nos tilda de soberbios, egoístas y cerriles. El carácter abierto y hospitalario del guipuzcoano, y del vasco en general, lo demuestra las puertas de nuestra región siempre abiertas para recibir la inmigración procedente de las más diversas regiones de la nación. Pero nuestro sentido evolutivo de la historia, al mismo tiempo que conservador de ciertos valores tradicionales, nos da una tipología social que, muchas veces, es mal interpretada por quienes no han llegado a conocernos profundamente. Estamos conformes con ser como somos y queremos evolucionar en aquello que consideramos debe ser modificado. Pero no nos resignamos a aceptar una influencia exógena que puede amenazar con transformar o aniquilar nuestra idiosincrasia y nuestros modos de vivir. No podemos admitirlo, porque se trata de la conservación de valores que no son propiedad de una generación concreta, sino que pertenecen a una raza, a una cultura y, por tanto, son patrimonio de la historia nacional y universal.

Preferimos, queremos y consideramos que es justo que ellos se adapten e integren a nosotros, precisamente para que dejen de ser *ellos* y se conviertan en *nosotros*. Bueno, en este aspecto creo que somos, ni más ni menos, como los demás. Después de todo, aquel aforismo «donde vivieres haz lo que vieres», no es de origen euskérico.

No se trata de admitir, ni siquiera como un planteamiento inicial en una discusión puramente ideológica, cierto tipo de marginación, de superioridad o de simple diversidad entre *unos* y *otros*. Tan sólo pretendo señalar la necesidad de afrontar con objetividad y realismo las consecuencias y riesgos que presenta el fenómeno social, tan de actualidad, del éxodo de los pueblos a las ciudades y de las zonas agrarias hacia las más industrializadas. No se puede contemplar con impasibilidad la desadaptación de los inmigrantes del campo en el entorno de las grandes ciudades ni la despersonalización de ciertos núcleos humanos por este fenómeno de la inmigración masiva.

El despliegue demográfico de Rentería, la Oiarso de antaño, es verdaderamente impresionante. Es cierto que también han experimentado el mismo incremento otros pueblos de la provincia, pero la proximidad de la capital, de la frontera y del puerto, el tipo de industria de esta zona, que demanda muchas veces una mano de obra no precisamente cualificada ni especializada, originan una problemática sociológica y cultural muy particular y es la que a nosotros nos corresponde conocer, concientizarnos de ella y arbitrar la correspondiente solución, al menos en cuanto de nosotros dependa.

Este crecimiento humano de la villa se produce más por inmigración que por aumento natural de nacimientos. A Rentería llegan adultos de toda España. Gentes que arrastran a sus padres, familiares y amigos que, juntamente con sus maletas llenas de necesidades e ilusiones, traen su cultura (o incultura) de origen, sus modos de ser, de pensar y de vivir, tan diferentes, frecuentemente, de los nuestros. Esta población es, numéricamente, superior a la población autóctona, produciéndose el riesgo de que Rentería, como otras localidades de la provincia, vaya paulatinamente perdiendo los caracteres atávicos de su personalidad y se convierta, a la postre, en una ciudad cosmopolita pero sin vinculación a su pasado. Riesgo que debe preocuparnos y fenómeno que debe dolernos. Pero resulta, también, que este problema al que hago alusión, se ve incrementado por el hecho de tener que abandonar la villa, con motivo de los estudios universitarios, una buena parte de nuestra juventud. Jóvenes que, no tanto por su excesivo número cuanto por su elevado nivel cultural y sus ilusiones, podrían ser un formidable fermento y ambientador de promoción e integración social. La ausencia de Universidad en un sector nacional que proporciona tan elevado número de alumnos a otras Universidades españolas, como es la provincia de Guipúzcoa, origina tal número y magnitud de problemas que hace abrigar la esperanza de que la deseada, esperada y creo que prometida UNIVERSIDAD DE GUIPUZCOA, será pronto una feliz realidad.

Difícilmente puede llegar a quererse una cosa que se desconoce. La población que llega a Rentería con fundadas ilusiones de superación humana, jamás podrá integrarse de forma definitiva con su nuevo medio urbano y regional si no encuentra en él más que un cambio de circunstancias laborales y económicas que les proporcionen un nivel más elevado de vida. Tienen derecho a conseguir y nosotros la obligación de ofrecer una oportunidad de promoción humana total. Es decir, de que logren el conjunto de factores materiales y espirituales que les permita vivir como personas radicadas en un marco que deben considerarlas y ser propias. Nuestra riqueza más valiosa no se fundamenta en la potencia económica de nuestras fuentes de producción, sino en los valores humanos que las han hecho posibles. Esto es lo mejor que podemos y debemos ofrecer.

Imagino que la necesidad de adaptación o los problemas que la desadaptación de esta inmensa población que hoy son parte de

Rentería crean en nuestra comunidad, es algo que nos interesa a buena parte del pueblo y producen más de una preocupación en quienes tienen la obligación de solucionarlos. Pero, indudablemente, que para sentir de verdad, profundamente, estos problemas hay que llevarlos muy dentro del alma y de la sangre. Quizá hasta pueda parecer a más de uno que se trata de unos planteamientos saturados de rancio romanticismo y carentes de actualidad. De todos modos, creo que restar importancia a los mismos es una evidencia de que mi preocupación es razonable. Pero lo importante no es señalar problemas ya existentes y conocidos, sino sugerir o proponer soluciones. Y en este caso, por tratarse de aspectos con incidencia espiritual e histórica, las posibles soluciones se presentan más complejas y difíciles. Proyectar programas que tienen como objetivo el desarrollo y fortalecimiento de las facultades físicas, el esparcimiento o la dotación de infraestructuras que permitan más fácil convivencia y una vida más a tono con el elevado nivel económico es, evidentemente, necesario. O mejor dicho, también es necesario, aunque la promoción de los valores específicamente espirituales es algo de poca aceptación, de escaso cartel ante el gran público que es, precisamente, quien más los necesita. En Rentería, la corporación municipal y varias sociedades particulares dedican laudables esfuerzos para lograr la promoción cultural de adultos, pero la magnitud y urgencia del problema es tal que aún demanda mayor dedicación.

Y en un orden de sugerencias, de posibles soluciones, desde luego que parciales, a la necesidad de integración, me atrevo a proponer la creación de un MUSEO COMARCAL. Un MUSEO polifacético: Histórico, Artístico, Folklórico, Natural e Industrial. Este museo estaría destinado a dar una instrucción agradable, directa, conceptual y visual, de muchos aspectos interesantes de nuestra historia y sus personajes, de nuestra cultura, de nuestra potencia industrial, de nuestra ecología y otras vertientes aún desconocidas, incluso, para muchos que se consideran renterianos de ancestro. En este museo podrían organizarse varias secciones. La Arquitectura presentaría muestras reales y fotográficas de los interesantes vestigios arqueológicos paleolíticos y neolíticos hallados en los yacimientos de la región, muchos de los cuales están diseminados en colecciones particulares. La Sección Histórica, a base de reproducción de documentos, grabados, gráficos explicativos, etc., mostraría las fases más importantes de nuestra historia local desde su fundación, a través de sus diversos asedios, incendios, destrucciones y reconstrucciones, las personalidades más sobresalientes de la historia local y la razón de sus méritos, muchas de las cuales son casi desconocidas, conservándose de ellas nada más que el vago recuerdo de su nombre perpetuado en alguna plaza o calle de la localidad. La Sección Folklórica expondría la evolución de la indumentaria de los hombres del campo y del mar; los instrumentos musicales; las herramientas de trabajo; los juegos populares... En la Sección Artística aparecería un muestrario del Arte y de los artistas naturales de la villa de o alguna forma vinculados a ella. Rentería Ayer, Hoy y Mañana ofrecería una interesante recopilación de dibujos y fotos de la Oiarso medieval y tradicional que pervivió hasta hace no demasiados años; del caótico Rentería de hoy y de los proyectos urbanísticos para un Rentería con un miras al futuro. Otro aspecto muy elocuente sería la Sección Industrial, en la que se expondría el desarrollo de nuestras industrias, de las antiguas ferrierías hasta la polifacética expansión actual. Finalmente, la sección de Historia Natural nos hablaría de la fauna y flora de la comarca, esta riqueza que debemos conocer y proteger de esa otra letal invasión de nuestro siglo, la contaminación ambiental incontrolada.

El Museo de Rentería podría convertirse de esta forma en un foco de integración cultural y hasta en un centro de interés artístico y turístico, que buena falta nos hace. La población infantil, con visitas periódicas comentadas y concursos programados al efecto, encontrarían una forma sencilla y amena de conocer y amar lo que es suyo: su villa natal. Y los adultos... los nacidos aquí y los venidos de fuera, todos, en una palabra, podríamos compren-

der mejor y apreciar más todo ese conjunto de circunstancias que integran esta ciudad en la que se desenvuelve nuestra vida.

Indudablemente que la realización de tal proyecto, llamémosle si se quiere ilusión, conlleva una serie de dificultades que casi todas ellas inciden en el aspecto económico. Yo pienso que el dinero sí existe, y voluntad de trabajo y deseo de colaboración. Lo importante es encauzar todos estos recursos de acuerdo con ciertas categorías de prioridad. Muchas veces, a la hora de hacer uso de todas estas posibilidades, podemos ofuscarnos por lo que solamente en apariencia, es de mayor urgencia. Las deficiencias externas son las que primeramente detectamos. Una contusión o una herida son, quizá, de mayor apariencia y espectacularidad que una afección cardiaca o cerebral, pero seguramente que son menos graves. En las necesidades de la comunidad puede acontecer lo mismo. A veces se concede prioridad a lo que es más aparente, no a lo que realmente es más grave. Yo creo que dinero sí existe. Es cuestión de encontrarlo, o mejor, de encauzarlo. O de motivar a quienes lo tienen o lo administran para que tomen conciencia de la profundidad y consecuencias históricas del problema que comento y de la contribución que a su solución puede aportar la sugerencia que señalo. Pienso que ciertos proyectos y realizaciones verdaderamente importantes de Rentería, de cara al futuro, habrán sido como hojas que se lleva el viento, si no hemos logrado vigorizar o mantener la personalidad de la villa promocionando y capacitando a sus vecinos, no sólo física, técnica y ciudadanamente, sino también culturalmente, entendiendo por cultura, cultura en general y cultura nuestra, la múltiple realidad espiritual, racial, emocional, histórica, idiomática, existencial, en un palabra, que, poseyendo unas cualidades universales, mantiene unas manifestaciones típicas y diferenciales. Así se logra la realización de la belleza, que puede ser artística, social y nacional y que consiste, al decir de los clásicos, en la «unidad en la variedad».

A nuestros problemas debemos oponer nuestras soluciones. Rentería se nos está despersonalizando. Debemos aunar los esfuerzos de quienes no nos resignamos con que así suceda y dejemos de jugar al avestruz. El sugerido Museo Comarcal podría ser, a buen seguro, no la solución radical, pero sí una valiosa contribución para evitarlo, al menos en parte. Y no se me escapa la necesidad de un local adecuado... Al respecto me vienen a la memoria esos viejos caserones y torres—no me refiero a ninguno en concreto, pero creo que casi todos los conocemos—que podrían ofrecer un marco ideal. La realización de algunas de las secciones apuntadas no sería nada quimérico. Están concebidos ya algunos cauces viables. No debemos admitir como imposible lo que para otros lugares, con menores recursos económicos, ha sido posible. No podemos conformarnos, tan sólo, con haber recibido lo bueno del impulso industrial que se ha dado a Rentería sin preocuparnos de solventar las vertientes negativas que este mismo impulso ha acarreado a la personalidad de la villa. Creo que con mística, con toma de conciencia, con voluntad, se allanarían muchas dificultades, que quizá se plantean más en el corazón o en la inteligencia, en los prejuicios o en la comodidad que, precisamente, en el bolsillo. De todos modos, puedo asegurarlo, por mi parte haré cuanto pueda para que esta ilusión se convierta en realidad.